

Discurso de Orden en homenaje a Norma Fuller Osores

Profesora Emérita del Departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Gerardo Castillo Guzmán

 <https://orcid.org/0000-0002-2854-5585>

Profesor asociado y director del Doctorado en Antropología
Pontificia Universidad Católica del Perú
castillo.gm@pucp.edu.pe

Lima, 8 de julio de 2025

Sr. Rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Dr. Julio del Valle Ballón; Dr. Ismael Ísmodes, vicerrector de investigación de la PUCP; Dra. Fanni Muñoz, Decana de la Facultad de Ciencias Sociales de la PUCP; Dr. David Sulmont, Jefe del Departamento Académico de Ciencias Sociales; Dra. Norma Fuller Osores, Profesora Emérita del Departamento de Ciencias Sociales; estimadas y estimados colegas, estudiantes y amigas y amigos.

Antes de empezar, quiero agradecer muy especialmente a David Sulmont, quien entusiastamente acogió y apoyó la propuesta.

INTRODUCCIÓN

Muy buenas tardes con cada una y uno de ustedes que nos acompañan hoy día para homenajear a nuestra colega, maestra y amiga, la profesora Norma Fuller Osores.

Estoy seguro de que casi todos, sino todos, los que estamos en este auditorio, cuando pensamos en Norma lo hacemos tanto a partir de sus estudios sobre las relaciones de género, como a partir de una historia personal, de un recuerdo que nos ha quedado grabado en la memoria de sus clases, de las numerosas charlas académicas que dio o de conversaciones en el patio de sociales. Y es que, como pocas personas, Norma ejemplifica la imposibilidad de separar la vida de la obra, de separar sus actos personales de sus aportes académicos y de su relevancia como docente.



VIDA

Nacida en 1948, espero que no sea demasiada indiscreción, Norma pasa su infancia en el barrio de Santa Beatriz, en el parque Hernán Velarde, donde, curiosamente, años después el Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán, «las floras», tendría su local. Son años de expansión y modernización de la sociedad peruana y de la ciudad de Lima, pero también años de transformación. Norma recuerda que se rebelaba contra los mandatos de los aburridos juegos para niñas y prefería jugar en el hermoso parque con su hermano y sus amigos varones. Pequeños gestos cotidianos de subvertir el orden establecido que van marcando el carácter de Norma. Ciertamente, según recuerda Cecilia Blondet, compañera y amiga desde la época escolar, la vitalidad de Norma no congeniaba bien con la rígida disciplina del colegio Sagrado Corazón Sophianum y, muchas veces, terminó castigada. Tal vez por ello el ingreso a la universidad significó, como para muchos de nosotros, un espacio y tiempo de libertad y de descubrimiento entre pares.

En 1965, Norma ingresó a la PUCP con la intención de estudiar historia y arqueología, dado su interés por la variedad de culturas y civilizaciones. Tras finalizar los Estudios Generales Letras, Norma se inscribió en historia y en la Facultad de Ciencias Sociales pensando que la carrera de antropología incluía arqueología, la cual estaba en la sede del Instituto Riva-Agüero. Cuando se dio cuenta del error, ya era tarde y estaba ganada por la causa antropológica. Ciencias Sociales era, como lo ha seguido siendo hasta hoy, una facultad con un grupo de gente muy vibrante. En el curso de antropología, con la doctora Aída Badillo, leyó a Ruth Benedict y Norma encontró su vocación.

La especialidad de antropología, sin embargo, recién se estaba formando y aún no se consolidaba. Siguió muy interesantes cursos de prehistoria y paleontología, pero aún no se ofrecían cursos en antropología social. El sacerdote Manuel Marzal había sufrido un grave accidente en México y su esperada reforma tardó un tiempo en tornarse realidad. Mientras tanto, el espíritu inquieto de Norma la impulsó a viajar a Chile en 1969. Llegó tarde para matricularse en la Universidad de Chile, pero, bajo la guía del sociólogo Eduardo Hamuy trabajó en encuestas e historia electorales en la Biblioteca Nacional de Chile en plena efervescencia del triunfo socialista del presidente Salvador Allende.

Tras su regreso al Perú en 1971, vuelve a Sociales un año después para encontrar un ambiente renovado. Con el importante apoyo de la Fundación Ford, nuestra especialidad logró reunir un excepcional equipo de profesores: Manuel Marzal (y sus estudios sobre religiosidad e historia comparada de la

antropología en el Perú y México), Jorge Dandler (y su interés por el campesinado y reformas agrarias en la línea de Eric Wolf), Juan Ossio (con sus estudios sobre parentesco y quien probablemente definirá, junto con Tom Zuidema, la existencia de una cultura andina), Enrique Mayer (con sus notables estudios sobre economía campesina y ecología inspirados en las ideas de control vertical de John Murra), Luis Millones (con sus investigaciones en etnohistoria) y Stefano Varesse (en antropología amazónica). Posteriormente, se unirán Alejandro Ortiz (quien introduce el estructuralismo lévi-straussiano y el análisis de los mitos) y Teófilo Altamirano (con sus pioneras investigaciones sobre migraciones internas y antropología urbana). Es, sin embargo, Fernando Fuenzalida quien marca su impronta en este excepcional grupo; sus reflexiones sobre campesinado y etnicidad constituyen un hito en la antropología peruana. Junto con colegas y amigos como Carlos Eduardo Aramburú, Alejandro Camino, Carlos Mora, César Zamalloa, Marisabel Aramburú, Eduardo Bedoya o Denis Cuche, Norma es parte de esta brillante primera generación de antropólogas y antropólogos formada en nuestra propia universidad.

Figura 1. *Norma Fuller en Paccha, Ayacucho en 1973.*



Nota: A su derecha se encuentra el comunero Epifanio Gamboa y a la izquierda el teniente alcalde de Vinchos, el señor Reinaga y el teniente alcalde de Paqcha, Avelino Porras, sin sombrero.

Son años de la Reforma Agraria llevada a cabo por el gobierno militar de Juan Velazco Alvarado. En este contexto politizado de cambio social, bullente de nuevas ideas, y no sin resistencias por ser mujer, Norma acompañó a un profesor visitante que hacía trabajo de campo en Vinchos, Ayacucho. Con él, fue a Santa María de Magdalena de Paccha, un anexo vecino donde permaneció por un año y del que es fruto su tesis de bachillerato «La comunidad indígena durante los primeros años de la conquista: el caso de la comunidad de Santa María Magdalena de Paqcha» (1981).

Para realizar el trabajo de campo en una comunidad campesina de una de las regiones más empobrecidas del país, Norma debió vencer enormes resistencias. Resistencias no solo en una sociedad rural andina como la propia Paccha, sino (y sobre todo), en nuestro propio entorno académico. A diferencia de la situación actual, en que nuestra especialidad muestra una gran paridad de género —tanto entre el estudiantado como entre las y los docentes—, la antropología de los setenta y ochenta era predominantemente masculina. Norma, junto con la tempranamente fallecida Mary Fukumoto, fue de las primeras mujeres antropólogas en nuestra universidad en realizar trabajo de campo. Norma en Paccha, Ayacucho; Mary Fukumoto en Barrios Altos, Lima. Fue pionera en el trabajo de campo —marca distintiva y prueba iniciática en la disciplina—. El camino queda abierto para varias y brillantes generaciones de antropólogas. Nuestras colegas Jeannine Anderson, Cecilia Rivera, Gisela Cánepa, María Eugenia Ulfe, Patricia Ames, Giuliana Borea, Valentina Capelletti y Carmen Yon así lo atestiguan.

Este interés por la etnohistoria, sociedades andinas y transformaciones en comunidades campesinas se mantendrá en Norma. Así, años más tarde publicó «Renacer del pasado: memorias de la guerra en la comunidad de Santa María Magdalena de Paqcha» (2004) en un volumen editado por el Instituto Francés de Estudios Andinos sobre memorias de la violencia política contemporánea.

Tras un breve período de enseñanza en la PUCP, Norma viaja a Europa y descubre que París era una fiesta, pero sobre todo una fiesta de luchas feministas. Además de estudiar en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, donde obtiene el Diploma de Estudios a Profundidad en etnología bajo la dirección de Nathan Wachtel con material etnohistórico de Paccha en 1977, Norma conoce y se involucra con el movimiento feminista y sus preocupaciones. Involucramiento y preocupaciones que no la abandonarán.

INVESTIGACIÓN

Efectivamente, Norma es una de las primeras antropólogas en estudiar las relaciones de género —en una época en que se asociaban con estudios de la mujer— en la sociedad peruana contemporánea y pionera en los estudios de masculinidades. «Dilemas de la femineidad. Mujeres de clase media en el Perú», de 1993, y «Masculinidades. Cambios y permanencias: Varones de Cuzco, Iquitos y Lima», publicado el 2001, son dos textos fundantes y fundamentales en los estudios de género en el país.

En el primer texto, Norma explora la forma en que se constituyen y relacionan —de manera fluida, compleja y contradictoria— las identidades de femineidad en mujeres de clase media en una Lima que experimentaba los cambios del proceso de liberalización. En medio de profundas transformaciones culturales, sociales, demográficas, económicas y políticas —que cuestionan y tornan inviable, por ejemplo, el modelo del hombre como proveedor único— las identidades de muchas mujeres se ven tensadas entre los mandatos tradicionales que exaltan la maternidad y los mandatos modernos de igualdad y desarrollo individual y profesional. Además, y ello es de enorme importancia, en este estudio, Norma nota que la identidad femenina se construye en un proceso de diálogo con la voz masculina. De ahí la necesidad de incluir los discursos y las prácticas de masculinidad para comprender la constitución de un sistema de géneros.

Esto la conducirá a iniciar pioneros y fructíferos estudios sobre las masculinidades. Con el apoyo de una beca de la Fundación Ford, Norma inicia un ambicioso proyecto para comprender los cambios y las permanencias en los estilos de masculinidad de varones del Perú. El resultado fue un estupendo libro que analiza y sintetiza 120 entrevistas a hombres de dos generaciones (una socializada siguiendo patrones tradicionales de masculinidad y otra que es influenciada por los cambios discursivos hacia la igualdad entre los géneros), dos clases sociales (medias tradicionales y populares) y tres ciudades con marcadas matrices regionales: Cusco, Iquitos y Lima. Esto implicó un titánico trabajo que tomó alrededor de cinco años. Como su asistente en parte del proceso, aún tengo vivo el recuerdo de varias noches en que el personal de seguridad se acercaba tímidamente a su oficina para decirle: «Doctora, son las 11 de la noche, tiene que salir porque la universidad va a cerrar».

Estos estudios y proyectos le permitieron tejer y animar una red internacional con destacados investigadores como Mara Viveros de Colombia, Teresa Valdez y José Olavarría de Chile, Ondina Fachel Leal de Brasil o Matthew Gutmann y Michael Kimmel de los Estados Unidos.

Asimismo, este interés por las masculinidades, sus tensiones y fisuras, se ha mantenido en Norma. Prueba de ello son sus trabajos como editora en «Paternidades en América Latina» (2000) y «Difícil ser hombre. Nuevas masculinidades latinoamericanas» (2018). Con respecto a los discursos y los significados de paternidad entre varones urbanos, Norma encuentra que más allá de los ejes de la virilidad (mostrada en el alarde sexual) y la fortaleza (mostrada en la capacidad de trabajo y el recurso a la violencia física), es en la paternidad (en el hecho de criar, proveer y formar antes de que del hecho biológico de engendrar) en que los hombres encontrarán su realización última; la manera de afirmar una continuidad del linaje, de su obra y, así, imaginar su contribución a la sociedad. Más de dos décadas después, Norma actualizará estos hallazgos en «Paternidades revisadas. Las relaciones padres hijos vistas desde los milénicos» publicado en 2022. En este estudio, ella se pregunta por cómo se vive la relación padre-hijo y cómo reciben los hijos los mensajes paternos sobre los ideales de masculinidad. Ella encuentra que, siguiendo la tendencia iniciada en los años 90, los milénicos tienden a cuestionar la figura de una madre abnegada y dedicada al mundo del hogar, conciben a sus padres como figuras más horizontales y cuestionan la asociación de paternidad con autoridad y ciertos mandatos de la masculinidad hegemónica como el tabú de la homosexualidad o la ausencia de sentimientos. A pesar de estos cambios discursivos, el estudio constata la persistencia del modelo convencional de paternidad y la ausencia de propuestas alternativas que señalen nuevos estilos de relación.

Así, un reto urgente que enfrentó Norma ha sido el de reflexionar sobre qué ha cambiado y qué se mantiene en la configuración de las identidades masculinas urbanas tras tres décadas de: i) desmantelamiento del precario Estado bienestar existente; ii) construcción de una articulada agenda de los movimientos de mujeres y feministas (desde «Me too» en los Estados Unidos hasta «Ni una menos» en América Latina); iii) empoderamiento de las mujeres sobre sus cuerpos y el cuestionamiento —no sin resistencias y violencia física— de la hegemonía de la heteronormatividad y del heterosexismo; y iv) a la par, creciente movilización de grupos y agendas conservadores en las sociedades y los gobiernos. En *Difícil ser hombre*, investigaciones de caso del Chile, México y el Perú contemporáneos, dialogan entre sí y nos ofrecen valiosas pistas para entender parte de estos complejos procesos de cambio y de permanencias. Por ejemplo, en un mundo que es con mayor frecuencia caracterizado como global y configurado por relaciones sociales fragmentadas y desterritorializadas, una de las permanencias más sorprendentes es la continuidad de la importancia de ciertos espacios

de socialización primarios en los que priman las relaciones cara-a-cara para la formación de prácticas e identidades masculinas: la familia, los grupos de pares y el juego (con el fútbol, práctica de socialización entre varones por excelencia) y, fundamentalmente, los espacios laborales.

Mención especial merece el trabajo de campo y los estudios que Norma realizó entre el 2008 y el 2012 sobre sexualidad y relaciones de género entre poblaciones wampis y awajún del río Santiago, en Loreto (Perú). Nuevamente, estudios pioneros entre estas poblaciones que incluyeron temas de paternidad, violencia de género y formas de enamoramiento.

Figura 2. *Norma Fuller con joven wampis en la Comunidad Nativa de Villa Gonzalo, Loreto, en 2011*



Con toda esta enorme reflexión y contribución a cuestas Norma pudo haber dicho, «hasta aquí no más y me retiro a mis cuarteles de invierno». Sin embargo, el espíritu siempre inquieto de Norma decidió hacer un giro y volver hacia procesos de transformación en las sociedades rurales. Esto lo hace desde un tema al que estuvo vinculada de joven. De esta manera, hacia la vuelta del siglo, Norma amplió sus intereses para incorporar una mirada sobre el turismo, el desarrollo rural y las transformaciones culturales. El libro «Turismo y cultura: entre el entusiasmo

y el recelo», publicado en 2009, da cuenta de dicho interés por el encuentro entre sociedades rurales y procesos globales y globalizantes. Este giro hacia el turismo le permitió explorar debates centrales en la antropología, como lo son aquellas acerca de la *performance* y la autenticidad de las manifestaciones culturales de cara a la industria del turismo, pero también reconectar con discusiones importantes que habían pasado a un segundo plano por buen tiempo en nuestra comunidad antropológica; el desarrollo rural, la antropología aplicada y el relacionamiento con actores estatales.

Finalmente, no quiero dejar de mencionar los aportes de Norma en la comprensión de las clases medias peruanas. En un momento de cambios profundos en la sociedad peruana, como lo fue la década de 1990, las investigaciones sobre hombres y mujeres de clases medias urbanas cobran mayor relevancia. No solo en cuanto a los actores de estudio, en un contexto en el que las ciencias sociales, en general, y la antropología, en particular, a sectores rurales y urbano populares. También en cuanto reflexión teórica. Recuerdo la discusión teórica que plantea sobre las clases medias en las ciencias sociales en el libro editado por nuestro recordado Gonzalo Portocarrero en 1998.

APORTE INSTITUCIONAL

Asimismo, el aporte de Norma ha implicado un importante desarrollo institucional al interior de la universidad. Además de ejercer diversos cargos como el de Jefa del Departamento de Ciencias Sociales, Norma fue gravitante en la formación, primero, del Diplomado en Estudios de Género y, posteriormente, de la Maestría de Género en la PUCP. Siendo la profesora Sandra Vallenas oficial del programa de género de la Fundación Ford, Norma, junto con el esfuerzo y entusiasmo de Patricia Ruiz-Bravo, Narda Henríquez, Cecilia Rivera, Elisabeth Acha y Gonzalo Portocarrero, crearon el Diplomado en Estudios de Género en 1990, el que da pie a una vigorosa e interdisciplinaria maestría el 2012. Recordemos que, tan tempranamente como 1981, creó la Comisión de Estudios de la Mujer en nuestra facultad.

Norma también fundó y coordinó el grupo de investigación Subjetividades Cuerpos y Performances desde el cual impulsó diversas investigaciones sobre masculinidades junto con nuestro colega Alexander Huerta-Mercado.

Tal como mencioné, Norma amplió sus temas de intereses para preguntarse por la relación entre turismo y el desarrollo rural. En esta línea, fue coordinadora del Taller de Estudios sobre Turismo del Centro de Investigaciones Sociales, Económicas y Antropológicas (CISEPA) y, durante el decanato del profesor

Martín Beaumont, ha sido miembro de la Comisión de Gobierno de la Facultad de Gastronomía, Hotelería y Turismo, donde dictó varios cursos de manera destacada, especialmente el de Antropología del Turismo.

Mención aparte merece su aporte como directora de nuestra revista de bandera, la *Anthropologica*, por cinco años, entre 2003 y 2007. Fundada en 1983 y centrada originalmente en la antropología andina y amazónica, la revista, bajo la dirección de Norma, experimentó un vital relanzamiento al transitar temas clásicos como el parentesco, el mito, el simbolismo y la religiosidad, hacia temas como las relaciones de género, la ecología política, la educación y la interculturalidad, las migraciones, los medios de comunicación y la antropología urbana, a la par de iniciar el proceso de digitalización e indexación. Ciertamente, *Anthropologica* es una de las revistas más reputadas en la región y mejor posicionadas de nuestra universidad; legado que han sabido continuar sus posteriores directores, nuestros queridos colegas Cecilia Rivera y Alex Huerta-Mercado.

El resto es historia conocida. Tras obtener el grado de Psicología Clínica en la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro, Brasil, Norma regresa al Perú en 1988; un año memorable y especial: nace Esteban —quien, ya muy cerca de obtener su doctorado en la Universidad de Pekín nos acompaña esta tarde— y es nombrada profesora a tiempo completo.

DOCENCIA

Sin embargo, la trayectoria de Norma no se resume en los numerosos y valiosos textos, algunos de los cuales he mencionado, ni en los cargos institucionales que ha asumido. Buena parte de su trayectoria y legado se ha forjado en cientos de horas de clase y de alumnas y alumnos de Estudios Generales Letras, la Facultad de Ciencias Sociales y la Escuela de Posgrado.

Después de la profesora Aida Vadillo, y ya con la reestructuración de nuestra especialidad que forjó el Padre Manuel Marzal, Norma ha sido la primera profesora en enseñar en Antropología.

Por cuatro décadas, Norma ha formado a varias de las generaciones de antropólogas y antropólogos que nos encontramos hoy reunidos a través de cursos como Introducción a la Antropología, Técnicas y Métodos de Investigación Antropológica, Antropología de la Subjetividad, Relaciones de Género, Género, Cultura y Sociedad, Antropología del Turismo, los tres cursos de Teoría Antropológica o Debates Contemporáneos. Ha dictado 16 cursos diferentes en el pregrado y ocho en el posgrado.

En sus clases, textos y debates, aprendimos de identidades y de relaciones de género; también, de socialización, de transmisión cultural, de *habitus*, de la consagración, de las micropolíticas del cuerpo, de lo abyecto y lo contaminante que va en contra de los sistemas clasificatorios. Y es que, siguiendo la mejor tradición antropológica, Norma supo poner en diálogo un rico y detallado material etnográfico con la discusión teórica.

Erudita como pocos, lectora voraz de literatura e historia, mitología; pero, sobre todo, con una peculiar capacidad de síntesis que integraba antropología con psicología, estructuras sociales con subjetividades, teoría social con análisis riguroso de datos y material de campo, supo tender puentes. Puentes entre los entrañables clásicos de la antropología social británica, el estructuralismo francés y la antropología cultural estadounidense —Evans-Pritchard, Max Gluckman, Victor Turner, Claude Lévi-Strauss, Alfred Kroeber y Margaret Mead— que aprendimos con una anterior generación de profesores con nuevos autores y corrientes. Ciertamente, fue Norma quien nos puso en contacto por vez primera en la especialidad con ideas desarrollados por autores como Judith Butler, Donna Haraway, Michael Foucault o Pierre Bourdieu, quienes nos proporcionan diferentes marcos para comprender una realidad compleja signada por la violencia y la emergencia de nuevos actores sociales y subjetividades.

No obstante, conviene notar que Norma no sucumbió a los fuegos artificiales del posmodernismo, a la visión del «antropólogo como autor». Parafraseando a Lévi-Strauss, para Norma siempre hubo «algo más allá del propio ombligo» que valiese la pena investigar y nos alentó a hacerlo, a salir de los libros para adentrarnos en la retadora, pero gratificante experiencia de la interacción con otras personas y otras vidas.

A propósito de lo que ha significado Norma para su aprendizaje y constitución como antropólogo, el profesor Alex Huerta-Mercado, uno de nuestros más queridos colegas y amigos en la comunidad antropológica de la PUCP, nos dice:

Con Norma he crecido en mi pequeña vida de antropólogo. Como estudiante, sentía admiración por su audacia, por su conocimiento, pero también por su manera de romper esquemas: no le interesaba dar una apariencia de lo que no era. Cuando me convertí en su colega, seguí sintiendo admiración por ella y entendiendo de mejor manera su mérito de ser auténtica, admiré su calidad de pionera, de abrir caminos, de ser fiel a su perspectiva y, sobre todo, de atreverse. Gracias a ella me entendí más en mi masculinidad y admiré la forma en que se aproximaba a lo complicados que somos los hombres, aunque se crea lo contrario. Lo que siempre hubo es cariño, un poco de temor por lo

severa que era, pero, por siempre, cariño. Norma era una profesora severa, tenía mucha dominancia e inspiraba cierto temor, pero dejábamos abrazar ese temor y encontrábamos a una maestra.

FINAL

Para finalizar, quiero volver a esta foto de Norma en una marcha por el primero de mayo con las feministas latinoamericanas en París de 1979. Vemos a una Norma con sombrero de paja, botas de caña alta, poncho pacchino y enarbolando una gran bandera. Yo no sé qué pensaron los demás de ello, si bien o mal. Lo que sí sé es que ella eligió sus luchas, que decidió estar donde hubo de estar y que dijo, escribió y enseñó lo que hubo de decir.

Figura 3. *Norma Fuller en marcha por el primero de mayo con grupos feministas en París, 1979*



En su libro «Visión desde el fondo del mar», el escritor español Rafael Argullol nos dice:

He viajado para escapar y para intentar verme desde otro mirador. Cuando alcanzas a verte desde fuera, contemplas la existencia con mayor humildad y perspectiva que cuando, como un tanto jaleado por otros tontos, imaginabas tu yo como el mejor yo, tu ciudad como la mejor ciudad, y eso que llamabas vida como la única conceible (2010, p. 708).

Me alegra mucho ver los rostros de varias personas que hemos sido alumnas y alumnos de Norma. Muchos de nosotros ingresamos a la universidad sin una idea muy clara de qué carrera seguir. En buena parte, muchos de nosotros seguimos la aventura de la antropología gracias a Norma. Uso la palabra aventura en cuanto ella procede del vocablo latino *adventura*, del verbo *advenire* (llegar); y significa «las cosas que han de llegar, los hechos inciertos —buenos o malos— que han de venir». Al iniciar nuestros estudios, no sabíamos de las cosas por llegar; aún ahora no sabemos que hechos inciertos —buenos o malos— han de venir, de lo que sí tengo certeza es de haber sido formado de mejor manera posible para enfrentar con responsabilidad lo que viene. Gracias, Norma, por permitirnos imaginar otras vidas concebibles. Gracias a cada uno de ustedes por acompañarnos en este momento de homenaje a toda una trayectoria.

REFERENCIAS

Argullol, R. (2010). *Visión desde el fondo del mar*. Acantilado.

Fuller Osores, N. (1981). *La comunidad indígena durante los primeros años de la conquista: el caso de la comunidad de Santa María Magdalena de Paqcha*. [Tesis de grado, Pontificia Universidad Católica del Perú].

Fuller Osores, N. (1993). *Dilemas de la femineidad. Mujeres de clase media en el Perú*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. <https://doi.org/10.18800/8489309558>

Fuller Osores, N. (Ed.). (2000). *Paternidades en América Latina*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. <https://doi.org/10.18800/9972422828>

Fuller Osores, N. (2001). *Masculinidades. Cambios y permanencias: Varones de Cuzco, Iquitos y Lima*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. <https://doi.org/10.18800/9972424332>

Fuller Osores, N. (2004). Renacer del pasado: memorias de la guerra en la comunidad de Santa María Magdalena de Paqcha. En R. Belay, J. Bracamonte, C. I.

Degregori, & J. J. Vacher (Eds.), *Memorias en conflicto*. Instituto Francés de Estudios Andinos. <https://doi.org/10.4000/books.ifea.872>

Fuller Osores, N. (2009). *Turismo y cultura: Entre el entusiasmo y el recelo*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Fuller Osores, N. (Ed.). (2018). *Difícil ser hombre: Nuevas masculinidades latinoamericanas*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. <https://doi.org/10.18800/9786123174064>

Fuller Osores, N. (2022). Paternidades revisadas: Las relaciones padres hijos vistas desde los milénicos. En M. A. Salguero Velázquez, & A. Rodríguez Abad (Coords.), *De la paternidad a las paternidades en la trayectoria de vida: Contextos, significados y experiencias* (pp. 102-113). Universidad Autónoma de Tlaxcala.

Portocarrero, G. (1998). *Las clases medias: entre la pretensión y la incertidumbre*. SUR/OXFAM.